

Una familia de árboles

Jules Renard

Después de atravesar una planicie calcinada por el sol, los encuentro.

A causa del ruido no permanecen al borde de la carretera. Habitan los campos sin cultivo, cerca de una fuente que sólo los pájaros conocen.

De lejos parecen impenetrables. Sus troncos se apartan cuando me acerco. Los árboles me acogen con prudencia. Puedo reposar y refrescarme pero adivino que ellos me observan desconfiados.

Viven en familia sin separarse nunca, los más viejos en medio, los pequeños, cuyas primeras hojas acaban de nacer, un poco por dondequiera, sin jamás apartarse.



Tardan mucho en morir y conservan de pie a sus muertos hasta que se derrumban pulverizados.

Se acarician con sus largas ramas para cerciorarse de que todos están allí, como los ciegos.

Gesticulan coléricos si el viento se obstina en desarraigarlos. Pero entre ellos no hay ninguna disputa. Sus únicos murmullos son de asentimiento.

Creo que ellos deben convertirse en mi auténtica familia. Pronto me olvidaré de la otra. Estos árboles me adoptarán poco a poco y, para merecerlo, aprendo lo que hace falta saber:

Ya sé mirar las nubes que pasan.

También sé quedarme quieto.

Y ya casi he aprendido a estar callado.

